

prosa de D'Halmar, con cierta unción levemente desnudada de vez en cuando, como en la descripción de la muerte de Carlos V, de sobriedad elegantísima y de emoción que apenas se insinúa pero que permanece vibrando como la música en el silencio inmediato que la precede.

Castilla ha tentado la maestría descriptiva de ilustres plumas españolas: Azorín, Ortega y Gasset entre otros y ahora D'Halmar.

La tentación parece surgir, de la riqueza de color, del espíritu de la vetustez del prestigio histórico y de las fisonomías graves de las ciudades castellanas, que continúan inalterables hablando al hombre español y americano, de todo la intensa, soberbia y pujante que puede ser la vida del espíritu, cuando se ha forjado una meta ideal.

Es artística, particularmente, la descripción de Castilla por D'Halmar. No posee el ritmo duro de la de Ortega y Gasset que interpreta el carácter del hombre de Castilla y del alma castellana, en lo que de más entrañable y categórico tiene.

Enamorado de las líneas del color y del sabor cargado de siglos, el escritor chileno, deambula sin prisa, señalando la belleza y destacando su prosapia, como valoración a la cual se atiende. No alimenta conceptos de raza con lo que ve. Se limita a describir, con amor contenido hacia España, y con misticismo de artista, las reliquias de esta tierra sagrada del arte, de la historia y del espíritu latino.

«Carlos V en Yuste» significa la confirmación del pie de igualdad en que la literatura de nuestro país se encuentra, respecto a las más exquisitas producciones literarias de habla hispana.

<https://doi.org/10.29393/At253-254-224SCDI10224>

«SANGRE CRIOLLA».

Diez cuentos de diversos ambientes nacionales, forman la obra. La sangre criolla que circula a lo largo, a lo ancho y en las entrañas de Chile, determinando su posición en el conjunto

sudamericano y su fisonomía peculiar, ha imantado al señor Pizarro como un rico venero de posibilidades literarias. Y ha trabajado con el corazón aligerado por el ideal de hacerla circular a través de los personajes y situaciones de sus cuentos. Pero desgraciadamente, el empeño ha quedado desvinculado del resultado obtenido.

La expresión fácil y convencional, hacen sin duda, que el libro se lea rápidamente y por esto mismo, tengan poco relieve algunos aciertos de adjetivación y de imágenes, que confieren dignidad al esfuerzo del autor.

Tal vez estos mismos cuentos cogidos con más lentitud, en un plano psicológicamente más profundo, marchando a pasos contados a través de los sucesos y librándolos de esos finales, un si es no es, trascendentalistas, que dejan un vago saborcillo de moraleja de fábula, se habrían aproximado a la vívida y rica licuosidad que sugiere su título.

Pero... es mejor suspender los tal vez si, a los tal vez si no, porque podríamos llegar a conclusiones rotundamente negativas y prefiramos creer que la obra encontrará un cierto número de lectores que opinen como su prologuista y la consideren «un compañero simpático y agradable», respetando el esfuerzo de creación del autor y agradeciéndole el haber dado oportunidad para el prólogo, con el cual aparecerá siempre dignamente revestido.

Con esa característica tibieza confidencial del tono de su estilo, que recuerda una voz grata contando algo suavemente nostálgico, en medio de la penumbra, porque parece que el corazón desprovisto de toda envoltura, es el que habla, don Luis Durand define esa necesidad de expresión que inquieta al espíritu que ha tendido redes de sensibilidad a lo largo de la vida.

Sencillamente, casi con dulzura, toca esos problemas dolorosos que colman una existencia, de exaltaciones y de angustias. La realización del propio destino, el anhelo de perdurar que llevó a Unamuno a sus ardientes querellas, en la cúspide de su he-

rida dignidad de hombre, a causa del enigma de la vida y de la muerte. Y también, don Luis, roza con piedad, ese otro problema del espíritu, radicado en la falta de correspondencia entre el amor a la belleza, el anhelo de interpretarla y la capacidad de conseguirlo. Pero nos dice: «la ilusión viene a tocarnos con sus leves alas para decirnos que siempre es necesario esperar...»

Nos abstendremos aquí de abundar en ese otro aspecto del cual hace mención en el prólogo, el de la indiferencia de los que podrían apreciarla, frente a la lucha del artista por asegurarse el sustento y defender el pequeño huerto íntimo, que él siembra en unión con la vida y cosecha bien, si la sordidez ambiente lo permite.

«Mas esto—dice don Luis—no ha detenido en ningún momento el afán creador del artista chileno, que no ha recibido estímulos de ninguna especie y en general vive aislado en orgulloso retraimiento». Y es así, como la perenne adolescencia del espíritu del escritor, enamorado de un ritmo interior que le marca frases musicales inefables, le hace posible marchar con los pies chapoteando en el fango y en los cabellos prendidos ampos de nubes.

Hay párrafos emocionados al amigo, al compañero de trabajo y al soñador de belleza que es Orlando Pizarro. Hay naturalidad cálida y una cierta unción patriarcal de quien se sienta en el umbral de su vida interior y habla pausadamente de verdades sencillas, de perenne actualidad. «El libro es sangre del espíritu. Es el árbol plantado junto a la casa donde se vive, para que recuerde al hombre que su vida no fué indiferente ni extraña a todo cuanto significa emoción».

«BAMGUE» (El viejo ingenio).

Primera novela de José Lins Do Rego, vertida al castellano y presentada por la Editorial Losada, con ánimo de contribuir al conocimiento hispanoamericano de la vida brasileña contemporánea.